

Totalidades sucesivas (*)

Alberto ROUGES

El concepto de totalidad sucesiva va a conducirnos en seguida al corazón mismo de la espiritualidad. Su cabal comprensión exigirá de nosotros un esfuerzo singular, pues, para lograrla, debemos renunciar a maneras de pensar muy arraigadas, formadas en nuestro comercio incesante con el mundo físico.

Nuestra tarea se facilitará grandemente si, en vez de iniciarnos con una definición, comenzamos por examinar un ejemplar típico de totalidad sucesiva, para indagar en él los principales caracteres de ésta. Lo encontraremos dentro de nosotros mismos, siempre que nos observemos en plena actividad creadora. Pongámonos, pues, en la tarea de crear y expresar, al mismo tiempo, un pensamiento cuyo sentido esté pendiente hasta el momento mismo en que concluya su creación y su expresión. Supongamos, para mayor claridad, que ésta requiera dos o tres frases, que formen un breve discurso. Este constituirá un todo orgánico, puesto que el sentido del pensamiento va a hallarse pendiente hasta el final, de tal manera que entonces solamente, y no antes, se podrá conocer su significado. Pasado, presente y futuro del acto creador formarán, pues, un todo indivisible, a tal punto que sería lícito afirmar que los tres nacen y crecen juntos hasta que aquel haya terminado. Futuro y pasado se hallarán pendientes uno de otro. No solamente, pues, el futuro dependerá del pasado, sino también el pasado del futuro, de tal manera que hasta el final no habrá un pasado terminado e irremediable.

Fácilmente se alcanza que tal acto creador sería imposible si, mientras lo cumplimos, no estuviera presente de alguna ma-

(*) Esta publicación es la primera parte de un estudio en preparación sobre el tiempo y la eternidad.

nera lo que ya hemos creado y lo que vamos a crear. Una amnesia repentina frustraría el pensamiento que estamos creando. Lo mismo sucedería si perdiéramos de pronto la visión del futuro, como nos ocurre en ciertas ocasiones, y como acontece en estados patológicos que la psicopatología ha registrado. Pasado y futuro de nuestro acto creador han de estar abiertos, pues, a nuestra mirada interior mientras aquel se va consumando. Aunque sin perder de vista el todo, nuestro pensamiento correrá incesantemente entre uno y otro extremo, pasando y repasando de continuo la línea moviente del instante actual, en el que se halla irremediabilmente clausurada la materia, sin poderse libertar de él. Sería, pues, más acertado decir que no existen propiamente un pasado y un futuro del pensamiento que creamos, sino un presente que crece y se enriquece constantemente, ya que el presente de una conciencia comprende siempre en su campo de visión un pasado y un futuro.

Examinemos ahora, con alguna detención, los caracteres de esta totalidad sucesiva que hemos encontrado dentro de nosotros mismos.

Supervivencia del pasado

Mientras realizamos nuestro acto creador de un pensamiento, allí afuera corre inexorablemente el devenir del mundo físico. Los móviles se desplazan a lo largo de sus trayectorias y nada va quedando de sus posiciones sucesivas. Perceptible o imperceptiblemente, el mundo físico de las cualidades va cambiando también incesantemente, y se va anonadando lo que no ha logrado existir sino solamente un instante. La sombra misma que proyectan los cuerpos a la luz solar, cambia constantemente de forma y de dimensiones, sin que nada quede de las dimensiones y formas anteriores. Mientras creamos nuestro pensamiento, allí afuera va siendo constantemente otro el río de Heráclito y de Cratilo, el mundo de lo que "nace y renace sin cesar sin existir jamás", de que habla Platón (1); "la existencia que sin cesar recomienza" a que alude Bergson (2); el mundo físico de la ciencia radicalmente fenomenista, en el que no hay ninguna substancia, compuesto únicamente de fenómenos

(1) *El Timeo*. — *Oeuvres philosophiques de Platón* — Trad. Cousin — París — Vol. XII — Pág. 116.

(2) *Matière et Mémoire* — París, 1908 — Págs. 162, 164.

que pasan, de la ciencia para la que un pedazo de metal es tan solo un complejo de fenómenos. Es este, verdaderamente, "el universo inferior" de que habla San Agustín, cuyas partes "dejan de ser, para que en su lugar sean otras" (3), de tal manera que sus partes "no se pueden reunir... siendo necesario que una termine para que la otra comience", como dice Fenelón refiriéndose al mundo creado (4).

Todo pasa allí afuera, nada puede permanecer, incluso las palabras con que talvez estamos expresando en alta voz nuestro pensamiento. Todo pasa allí afuera, pero aquí, dentro de nosotros, todavía está presente lo que hemos pensado ya. Sus momentos sucesivos están aquí reunidos, no ha sido necesario que uno termine para que comience otro, todos juntos están creando su sentido, que se halla pendiente aún de lo que va a venir. Y lo que hemos pensado está pendiente, no porque haya vuelto, evocado por nosotros, sino porque no se ha ido, porque no ha pasado, porque su existencia se ha prolongado hasta ahora, mientras allí afuera el mundo físico se volvía incesantemente otro. De lo que ha ocurrido en éste hasta ahora, mientras creamos nuestro pensamiento, se debe decir, pues, que **ha sido**; pero de lo que llevamos pensado ya hemos de decir que **es**, puesto que aquí está todavía. Mientras el devenir del mundo físico corre inconteniblemente y no puede dejar de pasar, nosotros estamos participando de la eternidad, tal cual la entendían los neoplatónicos. (5)

Lo que llevamos expuesto nos autoriza a afirmar que, en cualquier instante que consideremos el acto creador a que estamos aludiendo, no encontraremos solamente ese instante de él, sino también todo su pasado. En otras palabras: **el ser de nuestro acto creador, en cualquier instante que lo consideremos, no es solamente este instante sino, por lo menos, todo su pasado.**

En cambio, si en ese mismo instante consideramos el deve-

(3) Confesiones — IV-XI.

(4) De l'Existence de Dieu — II — 5, 3 — citado por M. Bouillet en su traducción de Plotino, titulada *Les Ennéades de Plotin* — París 1857/61 — Vol. II — Pág. 181.

(5) Las Eneadas — III — VII — 2 — edic. citada de Bouillet — Vol. II — pág. 176. Refiriéndose al Sér Inteligible y a su vida en eternidad o sea en el presente de una conciencia, en el que se compenetran el pasado y el futuro formando una unidad perfecta, dice Plotino: "no se dirá de él: **ha sido**; porque ¿qué cosa tenía él que no tenga ya?". Como puede verse en el comentario de este texto que hace Bouillet, la misma idea ha sido expresada, en análogo lenguaje, por San Agustín y Fenelón.

nir del mundo físico de las concepciones científicas de la realidad, no encontraremos en él nada de su pasado, pues este se ha anonadado. Ese devenir es, pues, en verdad, la sucesión “cuyas partes perecen incesantemente”, de que nos habla Locke. (6). Pero es necesario agregar que tal afirmación no es aplicable al mundo espiritual, al que la hace extensiva ilegítimamente el filósofo inglés. En conclusión, pues: **en contraposición a nuestro acto creador, el ser del mundo físico en un instante cualquiera carece de pasado.**

Se argüirá acaso que, mientras se va cumpliendo nuestra creación, tampoco perecen las sustancias elementales (electrones, protones, neutrones, positones, neutrinos), que integran el mundo físico, según concepciones substancialistas recientes de la ciencia. (7). Pero tales sustancias han permanecido únicamente si se hace abstracción de la vertiginosa velocidad de que se hallan dotadas, y si, además, no se las considera sino dentro de los límites de cada una de ellas, como si más allá de esos límites nada hubiera, como si no tuvieran relación de interdependencia con todas las demás sustancias. Por otra parte, la permanencia que hallamos dentro de los límites de tales sustancias, es de naturaleza muy diferente de la que hemos encontrado en nosotros. En efecto, el elemento físico, considerado dentro de sus límites, permanece porque en él nada ocurre, porque no hay en él un acontecer, una sucesión, en una palabra, porque allí no existe el tiempo y no hay sino un instante prolongado perpetuamente. “El punto material, tal cual lo concibe la mecánica, dice Bergson, se halla en un eterno presente”. (8). Agreguemos nosotros que ese presente es tan sólo el instante, y que esa es también la condición de las sustancias físicas, claramente concebidas, pues, como el punto material de la mecánica, son esencialmente inmutables, esencialmente atemporales. Sus momentos sucesivos no se pueden reunir porque no los tienen, ya que son solamente, lo acabamos de ver, un instante prolongado perpetuamente. Y si, en vez de considerar a cada una de ellas aisladas de todas las demás sustancias, dentro de sus propios linderos, las concebimos, como la ciencia las concibe, interdependiendo unas de otras y moviéndose vertiginosamente siempre, las

(6) *Oeuvres philosophiques de Locke* — París, 1822 — Vol. 3 — pág. 1 — *Essai Sur l'Entendement Humain* — II-XIV-I.

(7) *Revue de Métaphysique et de Morale* — Avril, 1937 — L. de Broglie — *Individualité et Interaction dans le monde physique* — pág. 233.

(8) *Essai sur les données immédiates de la conscience* — París, 1908. — pág. 118.

reintegraremos entonces al devenir físico, que pasa perpetuamente. Y en uno y en otro caso, ya sea que consideremos a las sustancias aisladas o reintegradas al todo físico, su ser, en cualquier instante que se las considere, carece de pasado, de esa nueva dimensión que hemos encontrado en nuestro acto creador.

Veamos ahora si no hallamos más aún en el ejemplar de vida espiritual que estudiamos.

La anticipación del futuro

Observemos que la creación de un pensamiento que estamos examinando no marcha al azar, como caminaríamos con los ojos vendados en un lugar desconocido. Va guiada por el futuro, que, al efecto, se anticipa en cierta medida, encarnándose en propósitos, anhelos, presentimientos, anuncios... El futuro va así determinando el presente, mientras se forma el todo orgánico que es nuestra creación. No solamente está presente, pues, su pasado, en cualquier momento de nuestro acto creador, sino también, en cierta medida, su futuro. Ambos se hallan así juntos, confundidos en un presente, sin que sea posible trazar una línea divisoria entre ellos. Ambos se compenetran formando un solo todo. Con razón decía, pues, San Agustín que los romanos, en vez de dos divinidades que protegen la acción, una en su comienzo y otra en su terminación, debían tener una sola: Jano, el dios de las dos caras, una de las cuales mira hacia el pasado y otra hacia el futuro. Porque quien obra debe considerar ambos términos del acto (**qui operatur utramque debet intendere**) (9).

Es tan esencial esta visión del futuro en nuestra creación consciente, que ésta se vuelve imposible, cuando, de pronto, desaparece aquélla como nos ocurre a veces. La patología ha observado casos de esta ceguera para lo venidero. En uno referido por Minkowski y citado por Mourgue (10), el enfermo dice aludiendo a su estado psíquico: "Tengo aún menos movilidad para

(9) *La Ciudad de Dios* — VII-VII.

(10) *Revue philosophique* — Vol. CXX — pág. 357. En otro caso estudiado en la clínica psiquiátrica de la Universidad de Heidelberg, caso éste de intoxicación experimental, en que el sujeto de experimentación es un médico, éste declara que, mientras ascendía una escalera conducido por dos colegas suyos, "tenía la impresión de no progresar en el espacio, se sentía como clavado en cada escalón".

el futuro que para el presente y el pasado. Hay en mí como una especie de rutina que no me permite considerar el futuro. Mi poder creador está abolido. Veo venir el futuro como repetición del pasado". Comentando un caso análogo, dice Mourgue que en el enfermo está "inhibido el impulso hacia el futuro, la prospectividad" (id. 356).

Gracias a esta anticipación del futuro que hemos hallado en el ejemplar de vida espiritual que estamos considerando, el futuro no es una mera consecuencia del pasado, puesto que determina a éste al mismo tiempo que es determinado por él, contrariamente a lo que ocurre en el mundo físico. Mientras nuestro acto creador va así entreviendo y viendo su futuro, allí afuera, volviéndose incesantemente otro, corre irremediamente ciego el devenir del mundo físico, el río de Heráclito. Así como no hemos encontrado en éste, en cualquier instante que lo consideremos, nada de su pasado, no hallaremos tampoco indicio alguno de esa anticipación del futuro que hay en nuestro acto creador. Si tuviéramos que definirlo, pues, en términos de conciencia, tendríamos que decir que él es la conciencia instantánea del instante. Pero esta definición sería inaceptable, porque la conciencia, en cualquier instante que se la considere, abarca siempre un lapso de tiempo. No puede circunscribirse al instante sin dejar de ser conciencia.

Lo que llevamos expuesto justifica la siguiente conclusión: **El ser del mundo físico en un instante cualquiera es solamente ese instante, pues carece de pasado y de futuro; en cambio, en cualquier instante, el ser de nuestro acto creador, posee un pasado y un futuro, y es, por consiguiente, un lapso de tiempo.** En otras palabras, al paso que en el mundo físico es imposible la coexistencia de lo sucesivo, ella es esencial en nuestro acto creador. El devenir físico, pues, se contrapone a la eternidad de Plotino, que no es un reposo físico, sino un vivir, en un presente todo su pasado y todo su futuro (En. III - VII - 1 y 2). En cambio, nuestro acto creador, por ser dueño de un pasado y de un futuro, participa de la eternidad, **es un jalón en el camino de la eternidad.**

La concepción corriente del tiempo se ha formado en la intuición del devenir del mundo físico. Locke la expresó con gran claridad al considerar aquél como una sucesión en la que no existen jamás juntamente dos cualesquiera de sus par-

tes (11). Pero esta concepción es absolutamente inaplicable a la vida espiritual.

Como se ve, nos aproximamos aquí a la gran concepción de Bergson de la duración, pero no la examinaremos por el momento, porque se han infiltrado en ésta caracteres del devenir físico, y es nuestro intento, por ahora, lograr una concepción adecuada de la espiritualidad pura, cuya representación ha sido tan gravemente desnaturalizada por la del mundo físico.

Previsión científica y visión creadora

La visión del futuro que acabamos de observar en nuestro ejemplar de vida espiritual, es de naturaleza esencialmente diferente que la previsión científica. Es ésta, en efecto, una proyección del pasado hacia el futuro, pues, por lo que ha sido, determina lo que será. La previsión científica ve lo que se repite, lo que se halla sometido a la necesidad, lo que una ley permite determinar en función del pasado. Tampoco es la visión del que crea, la de la lógica de la identidad, que es visión de lo que es idéntico en el tiempo, de lo que es incompatible con toda creación. No es, pues, nuestra visión creadora obra de un cálculo o de un razonamiento, por más que éstos puedan precederla. Es lo que decía Plotino de otro ejemplar de vida espiritual, del **Alma del mundo**, que gobierna a éste. Ella, en efecto, "conoce el porvenir —dice aquél— con una sabiduría tan inmutable como el presente, es decir, sin razonar". (En. IV - IV - 12). La visión que hemos encontrado en nuestro acto creador es visión de lo original, de lo nuevo, de lo que no ha existido aún. Ella es parte esencial de aquel y ella misma es una creación. No es el cálculo frío de la ciencia, que prevé el devenir necesario del mundo físico que existe independientemente de ella, sino la cálida visión del artista, que da la existencia a lo que no ha existido antes, a lo que existe por primera vez. Hermana gemela de ésta es la visión del profeta, que tiene por objeto, no la propia creación de éste, sino el futuro de su pueblo, que entrevé por momentos, porque vive profundamente la vida de éste.

Bergson no ha percibido otra visión del futuro que la proyección en éste del pasado, cuyo tipo más perfecto es la previsión científica, y por eso la niega allí donde el pasado no se re-

(11) Obra citada — Vol. II — Pág. 62 -- Ensayo sobre el entendimiento humano XV-12.

pite sino que se crea lo irreductiblemente nuevo, es decir en lo espiritual. He aquí un caso en que aparece patentemente esa manera de ver. "Por poco que la acción interese al conjunto de nuestra personalidad y sea verdaderamente nuestra, dice el filósofo francés, ello no habría podido ser prevista, por más que sus antecedentes la expliquen una vez producida. Y aunque realiza una intención, ella, realidad presente y nueva, difiere de la intención que **no podía ser sino un proyecto de recomienzo o de nuevo arreglo de partes**". (12). Según esta manera de ver, habría un divorcio irremediable entre nuestra acción, en cuanto ella aporta algo irreductiblemente nuevo, y la intención que la precede. El contenido de ésta sería dado totalmente por el pasado, sería idéntico a lo ya sucedido o un nuevo arreglo de éste. En cambio, la acción sería algo que no ha ocurrido nunca, algo nuevo, original. En otras palabras, la acción no respondería a la intención que la anima, estaríamos condenados a hacer otra cosa que lo que intentamos, crearíamos pero sin saber lo que creamos; como el demiurgo de ciertos gnósticos, nuestra creación marcharía al azar. Tiene razón Plotino, dentro de su concepción, cuando afirma que si la potencia que gobierna el mundo "no conociera las cosas futuras que va a producir, no sabría producir las o las produciría sin regla, accidentalmente, por azar" (En. IV - IV - 12).

Si tal fuera la condición de nuestro poder de crear, no tendríamos por cierto razón para enorgullecernos de él, contrariamente a lo que cree Bergson. "Humillados hasta aquí en una actitud de obediencia —dice éste— esclavos de no sé qué necesidades materiales, nos pondríamos de pié, señores, asociados a un Señor mayor que nosotros" (13). ¿Cómo ha de acrecentar nuestras fuerzas para la acción la conciencia de que somos capaces de crear, si creadores, no sabemos sin embargo, qué es lo que estamos creando, qué obra es la que va a salir de nuestras manos? (14).

Si nosotros mismos no podemos prever el acto que estamos

(12) *L'Evolution creatrice* — París, 1908 — pág. 51 — Lo subrayado aquí no lo está en el original.

(13) *La pensée et le mouvant* — París, 1934 — pág. 134.

(14) Es tan terminante la opinión de Bergson de que es imposible prever, en cualquier forma, el futuro de una vida espiritual, que interrogado durante la gran guerra para que dijera su manera de ver acerca de las probables orientaciones del drama después de aquélla, se niega a dar siquiera una idea de conjunto al respecto, fundándose en la radical imprevisibilidad de tal futuro. *La pensée et le Mouvant* — pág. 127, 128.

realizando, a estar a esta concepción bergsoniana, ¿cómo podríamos ser responsables de él? Nuestra responsabilidad sería tanto menor cuanto más fuera tal acto una creación, cuanto más libre y más imprevisible fuera. Se ha dicho, pues, con razón, que la idea de imprevisibilidad de Bergson destruye el fundamento de la moral.

¿Cómo puede explicarse que Bergson haya excluído de su concepción de la realidad consciente espiritual, la visión creadora del futuro, que es un elemento esencial de aquélla? La explicación se halla indudablemente en la índole de la obra que realizara el filósofo francés. Su pensamiento, tan íntimamente vinculado en su iniciación al saber científico, debió cumplir la tarea ciclópea de emancipar a la biología del mecanicismo, cuyo dominio parecía entonces tan definitivo, que todavía, al finalizar la primera década del siglo actual, un distinguido biólogo, Delbet, expresaba en forma categórica su fe en que todos los fenómenos, incluso los biológicos, serían explicados mecánicamente, y en que todas las ciencias quedarían reducidas a la ciencia de los números y a la mecánica de los astros, de los granos coloidales, de los átomos y de los corpúsculos (15). Von Monakow se admira de que haya sido un filósofo quien se adelantó tanto tiempo y tan considerablemente a la ciencia de su época. Mourgue cree que el pensamiento de Bergson ha marcado una fecha histórica en la biología, la que separa la biología estática, que imperó hasta los primeros años del siglo actual, de la biología dinámica con su concepción del tiempo biológico o duración (16). La concepción de Bergson de la realidad viviente ha debido formarse, pues, con referencia al mecanicismo, en constante contraposición con éste. Y bien, es un postulado fundamental del mecanicismo científico, la total previsibilidad del futuro, que ha sido afirmada categóricamente por los representantes más ilustres de aquel. Bergson la ha expresado diciendo que "la esencia de la explicación mecánica es considerar el futuro y el pasado como calculables en función del presente, y pretender así que todo está dado ya". (Ev. Creat. 40). En consecuencia, todo se halla rigurosamente determinado, todo es previsible, nada esencialmente nuevo puede producirse. En contraposición al mecanicismo, Bergson afirmó, en lo que respecta

(15) *De la méthode dans les sciences* — París, 1910.

(16) *Revue philosophique* — Vol. CXX — pág. 350, 366.

a la vida en general, que ésta es creación de lo irreductiblemente nuevo, de tal manera que el futuro no puede ser determinado en función del pasado, salvo en los mecanismos que construye la vida. Esta idea de una acción creadora de la vida, que ha sido adoptada por la biología (17), es incompatible evidentemente, con la exacta previsión científica de que acabamos de hablar, de tal manera que si se llegara a demostrar que ésta es posible, habría que renunciar a la concepción bergsoniana de lo viviente, ya que éste se hallaría encadenado irremediablemente, como el mundo físico, a la necesidad mecánica. Se explica así que Bergson haya dado tanta importancia en su filosofía a la imprevisibilidad, en lo que respecta a la vida. Pero en el ardor de su lucha con el mecanicismo, no ha reparado en que podía admitir una visión del futuro sin comprometer la suerte de su empresa. No ha visto que la previsión científica no es la única forma posible de visión de lo venidero, que existe una que puede captar un futuro original, que nunca ha existido antes, porque ella interviene en su creación y porque ella misma es una creación. Esa visión, que es parte esencial de la intención creadora, basta para hacer que ésta, contrariamente a lo que afirma Bergson, no sea un proyecto de recomienzo o un nuevo arreglo del pasado.

Tal es la visión del futuro que hemos encontrado en el ejemplar de totalidad sucesiva que examinamos. Ella, no solamente no es incompatible con la concepción bergsoniana del espíritu como una realidad creadora de realidad, sino que armoniza plenamente con ésta. A tal punto, que Bergson, a pesar de su aludida hostilidad contra la posibilidad de prever científicamente en el dominio de lo viviente, no ha estado lejos, en ciertos momentos, de percibir la existencia de tal visión, como cuando, aludiendo a la intuición, nos habla de "la facultad de ver que es inherente a la facultad de obrar, y que brota en cierto modo de la torsión del querer sobre sí mismo" (Ev. creat. 272.). El obrar a que se refiere aquí Bergson es evidentemente una creación. Y bien, obrar es lanzarse hacia un futuro y la visión que le es peculiar no puede ser únicamente una visión hacia atrás, como lo es la del que no obra y se limita a recordar, ha de ser la visión de un lapso de tiempo que comprenda un pasado y un futuro, ya que, por otra parte, como lo dice Bergson, la intuición es visión de lo que se está creando.

(17) C. V. Monakow — R. Mourgue — *Introduction biologique a l'étude de la neurologie et de la psychopatologie* — París, 1928.

Acción del presente sobre el pasado

Si llamáramos pasado, como en el devenir físico, a lo que ha dejado de existir, tendríamos que decir que el ejemplar de vida espiritual que examinamos no tiene pasado, puesto que éste continúa existiendo, como hemos visto. Pero, respetando la terminología corriente, llamaremos pasado, en relación a un momento dado, la parte del proceso creador que se ha cumplido hasta ese momento, por más que ella continúe existiendo aún.

Hemos dicho ya que, en el acto creador de nuestro ejemplo, el sentido del pensamiento que creamos está pendiente hasta el final. Hasta el final, pues, el pasado de dicho acto va cobrando un sentido, va volviéndose pasado de éste o de aquel acto creador, pasado original de un acto original. Quiere decir que, hasta que la creación termina, el pasado no es irrevocable, no es algo definitivamente concluido, sino algo que va siendo, algo que va a ser. Es que el pasado supervive, es decir, vive, y porque vive, es plástico, se halla abierto al futuro, que le va dando su sentido. En cambio, como el pasado del devenir físico perece, es él algo definitivamente terminado, tiene la irrevocabilidad de la muerte.

Gracias a esta manera peculiar de ser de nuestro acto creador, el presente puede determinar al pasado, al mismo tiempo que es determinado por éste, y formar con él un todo indivisible. El acto creador va creciendo así, no por piezas terminadas, inmutables, sino en su totalidad, es decir, en su pasado y en su futuro. Es un crecimiento **por dentro**, como dice Bergson refiriéndose a la duración (*La Pens. et le Mouv.* 35). Precisamente porque existe aquella unidad del pasado y del presente, hemos dicho que ambos nacen y crecen juntos, lo que significa, bien mirado, que nuestro ejemplar de vida espiritual es un presente que crece, en el que se hallan en cualquier momento lo que ya se ha cumplido del proceso creador, y anticipaciones del futuro de éste. En cambio, como el pasado del devenir físico se anonda, él no puede ser determinado por el presente, ni puede formar con éste un todo indivisible.

Hagamos un nuevo esfuerzo por representarnos claramente esta acción del presente sobre el pasado. En lo que respecta al pensamiento que una frase expresa ¿qué es la primera palabra de ésta antes de que hayan llegado las demás? Es como una materia sin alma, carece de sentido, miles de pensamientos di-

ferentes pueden valerse de ella para encarnarse. Su significado en la frase va a ser dado, está pendiente de lo venidero, se halla indeciso, a la espera del resto de aquella que le dará existencia. Así, las notas musicales que siguen a la primera nota, van haciendo que ésta sea nota de una melodía. Si es dable, pues, decir que el presente y el futuro se encuentran a la merced del pasado, es lícito también afirmar que el pasado se halla a la merced del futuro y del presente. Bergson ha tenido una intuición de este carácter esencial de nuestra vida espiritual, cuando ha hablado del “misterioso poder que el presente ejerce sobre el pasado” (18) y de una “frase musical que estuviera siempre a punto de terminar y que se modificara sin cesar **en su totalidad** (19), por el agregado de una nueva nota” (Les Don. inm. de la consc. 81). Pero fuera de estos dos casos, y talvez de algún otro más, tal intuición se halla ausente de la concepción de Bergson de la realidad espiritual, a tal punto que hasta ha llegado aquel a considerar absurda una acción del presente sobre el pasado (La Pens. et le mouv. 128). Sin embargo, tal acción no es ni absurda ni misteriosa en el mundo espiritual, ella se explica, como lo acabamos de ver, por la supervivencia del pasado. También se explica así este género peculiar de unidad que hemos encontrado en nuestro acto creador, unidad que se halla fundamentada en la recíproca acción del pasado, del presente y del futuro. Es significativo que Plotino haya recurrido al ejemplo de un coro (En. IV. IV. 2) y Bergson al de una melodía (Le D. I. de la C.—Pags. 76, 80, 81, 97,) para sugerir la idea de una unidad en la vida espiritual; ejemplos ambos en que la acción del presente sobre el pasado y la consiguiente unidad de éstos resulta fácil de percibir. Acabamos de ver que Bergson ha tenido la intuición de tal acción, precisamente en el caso de la melodía.

En conclusión, el pasado del devenir físico es irrevocable porque se anonada, por lo que no cabe en él una acción recíproca de sus momentos. En otras palabras, no puede existir en el mundo físico una totalidad sucesiva. En cambio, tal acción es un carácter esencial en nuestro ejemplar de vida espiritual y, en general, en toda espiritualidad, porque en esta realidad el pasado coexiste con el presente. **El mundo espiritual es, esen-**

(18) Les deux sources de la morale et de la religion — Paris, 1933 — pág. 231.

(19) Estas palabras no están subrayadas en el original.

cialmente, un mundo de totalidades sucesivas, de totalidades en las que el pasado no es irrevocable.

De ahí la profunda espiritualidad de la doctrina del perdón, que, contraponiéndose a la ley mecánica del talión, inspirada por el devenir físico, abre a las almas extraviadas las puertas del futuro, para que puedan redimirse y aun aureolarse de santidad. Pero también, quien no se redime, no es ya simplemente un culpable, sino un réprobo, por lo mismo que puede redimirse.

San Miguel de Tucumán, (Rep. Argentina), 1938.

